



www.loqueleo.com/ec

Cuentos clásicos juveniles

- © De la selección y el prólogo: Conrado Zuluaga Osorio
- © Alexander Pushkin: “El empresario de pompas fúnebres”
- © Fiodor Dostoievski: “Un árbol de Noël y una boda”
- © León Tolstoi: “El poder de la infancia”
- © Mark Twain: “La ficha de la muerte”
- © J. M. Eça de Queirós: “La nodriza”
- © Guy de Maupassant: “El papá de Simón”
- © Oscar Wilde: “El amigo fiel”

© De esta edición:
2019, Santillana S. A.
De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 461 1460
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-443-5

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2006
Primera edición en Loqueleto Ecuador: Junio 2016
Décima cuarta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Prólogo: Conrado Zuluaga Osorio
Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico: Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



loqueleto

Prólogo



Existe la solapada actitud entre muchos adultos de considerar la literatura denominada infantil como una especie de subliteratura. Esa actitud es muy frecuente entre ciertos escritores que se precian a sí mismos de producir —eso creen ellos— obras de gran importancia intelectual. La verdad es que están más preocupados por presentar una imagen comercial de sí mismos, vendible, que en crear universos nuevos para disfrute de sus lectores.

Hay otros, también, que se creen poseedores de la verdad revelada en cuanto a literatura infantil y juvenil, porque están convencidos de que contándoles a los jóvenes boberías almibaradas a media lengua se han ganado el corazón de los pequeños.

Hay otros, en cambio, los verdaderamente buenos, cuya única y real preocupación consiste en crear, en escribir, encontrar lo que guardan entre pecho y espalda. Estos últimos han incursionado en muchas ocasiones en temas o relatos claramente orientados hacia un público infantil o juvenil. Por sus papeles privados y su correspondencia con otros autores o amigos, es fácil comprobar

que, cuando se enfrentaron a la página en blanco con un tema de esa naturaleza, pusieron tanto empeño, voluntad y esfuerzo, como lo hicieron en sus dilatadas obras.

A lo anterior obedece, en buena parte, que varios de esos relatos breves y concisos también constituyan verdaderas joyas literarias. Pequeños diamantes, pero no por ello menos bellos y provocativos; de pronto, incluso, hasta más cautivadores debido a su exigua brevedad.

Si a lo anterior se añade la brillante idea expresada por un escritor estadounidense de reconocida trayectoria, Ernest Hemingway, quien sostenía que la diferencia esencial entre una novela y un cuento consistía en que, en su necesidad de ganarse definitivamente la atención del lector, la novela —a semejanza de la pelea de boxeo— vence por puntos, mientras el cuento lo hace por *knock out*, sería necesario concluir que en el caso particular de los cuentos recogidos en este volumen, creados por siete gigantes de la literatura universal, el *knock out* es definitivo, certero, perdurable.

Ese es el propósito de esta antología, dejar a los noveles lectores prendados de esos siete escritores, con la firme esperanza de que continúen por esa senda en cuyo horizonte se entrevén muchos otros autores, tan maravillosos y cautivadores como los acá recogidos.

Las limitaciones de un prólogo de esta naturaleza impiden hablar con detenimiento de cada uno de los autores incluidos, pero es bueno señalar que todos ellos cuentan con muchos cuentos más y que son otros sus relatos más difundidos y conocidos. En esta ocasión se quiso

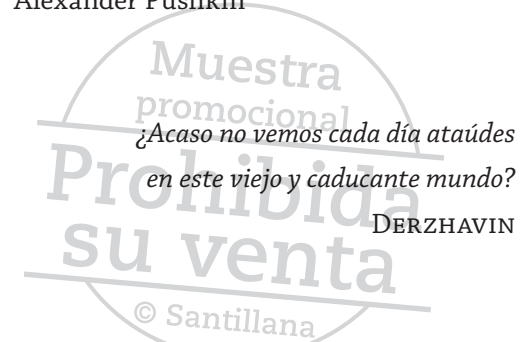
aprovechar la oportunidad para dar a conocer algunos textos que solo aparecen en las exhaustivas ediciones de las obras completas.

Varios criterios entraron en juego para adelantar esta selección: integridad, amenidad, extensión, etc.; pero, por encima de todo, el convencimiento irremediable de que no existe una literatura infantil, así como no hay una literatura para la tercera edad; tan solo buena y mala literatura que a cada uno llega en muy distintas épocas, por la sencilla razón de que el camino de los buenos libros es un juego de acertijo continuo, pero que siempre, a cualquier edad, conmoverá y deleitará.

Conrado Zuluaga Osorio

El empresario de pompas fúnebres

Alexander Pushkin



Los últimos bártulos de Adrián Projorov, empresario de pompas fúnebres, fueron arrojados en la carreta mortuoria y la pareja de flacos caballos arrastrase por cuarta vez desde la calle Basmannaia hasta la Nikitskaia, donde su dueño se mudaba a vivir. Después de cerrar el taller, clavó en la puerta un anuncio haciendo saber que la casa se vendía o se alquilaba. Acto seguido, Adrián se encaminó a pie a su nueva residencia. Al acercarse a la casita amarilla que durante tanto tiempo sedujo su fantasía y que, finalmente, había adquirido por una suma considerable, el viejo empresario de pompas fúnebres diose cuenta, no sin asombro, de que su corazón no experimentaba alegría alguna. Cuando traspasó el desconocido umbral y vio el desbarajuste que había en su nueva vivienda, suspiró recordando la destartalada choza en la que durante dieciocho años había reinado el más estricto orden. Regañó a sus hijas y a la asistenta por su lentitud y dispúsose a ayudarlas. Pronto establecieron el orden; la hornacina con los íconos, el armario de la vajilla, la mesa, el diván y las camas ocuparon los lugares designados en la

parte posterior de la casa; en la cocina y en la sala dispusieron los artículos y herramientas del dueño de la casa; féretros de todos los colores y de diversos tamaños, así como los armarios con los sombreros de luto, mantillas y antorchas. Sobre la puerta pendía un rótulo que representaba a un obeso amorcillo con un torcido hachón en la mano, y en el que se leía la siguiente inscripción: “Aquí se venden y se tapizan ataúdes, tanto corrientes como barnizados; también se reparan los viejos o se facilitan en alquiler”. Las muchachas jóvenes retiráronse a su alcoba. Adrián echó un vistazo a su vivienda, sentose ante la mesa y ordenó que sirvieran el samovar.

El ilustrado lector sabe que tanto Shakespeare como Walter Scott nos describieron a sus respectivos enterradores como sujetos joviales y bromistas para, en virtud del contraste, sorprender más vivamente nuestra imaginación. Por respeto a la verdad nosotros no podemos seguir su ejemplo y vémonos obligados a reconocer que el carácter de nuestro empresario de pompas fúnebres está en absoluta concordancia con su lúgubre profesión.

Por lo general, Adrián Projorov era de un natural meditado y sombrío. Únicamente solía romper su silencio para sermonear a sus hijas cuando las sorprendía de brazos cruzados ante la ventana viendo pasar a los transeúntes, o para reclamar un precio más elevado por sus artículos a quienes tenían la desgracia (o la satisfacción, a veces) de precisar de ellos. Así es que, sentado bajo la ventana y bebiendo su séptima taza de té, estaba Adrián, como de costumbre, sumido en tristes cavilaciones. Pen-

saba en la lluvia torrencial que, en el mismo límite de la población, había recibido la semana anterior al entierro del brigadier jubilado. Por su culpa muchas mantillas habíanse encogido y muchos sombreros se habían abarquillado. Previó gastos inevitables, pues su antigua reserva de galas mortuorias había llegado a un estado deplorable. Confiaba en poder cargar el desembolso de la vieja Trujina, mujer de negocios, que se hallaba, hacía ya casi un año, a las puertas de la muerte. Pero Trujina se moriría en la calle Rasguliaya, y Projorov temía que sus herederos, pese a su promesa, no irían tan lejos en su busca, sino que se pondrían de acuerdo con el empresario más cercano.

Tales reflexiones fueron bruscamente interrumpidas por tres golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el enterrador.

Abriose la puerta y entró en la habitación un individuo de apacible traza, que al primer golpe de vista podía reconocérsele como a un artesano alemán, y que se acercó al empresario.

—Dispéñseme, querido vecino —dijo expresándose en un ruso que aún hoy nos causa risa al oírlo—, dispéñseme si he venido a molestarlo..., pero deseaba trabar conocimiento con usted cuanto antes. Soy zapatero, mi nombre es Gotlib Schultz y vivo al otro lado de la calle, en aquella casa que está frente a sus ventanas. Mañana celebro mis bodas de plata y le suplico que tanto usted como sus hijas vengan a comer conmigo como buenos amigos.

Su invitación fue aceptada cordialmente y Adrián le pidió que se sentara con él y aceptara una taza de té. Gracias al carácter expansivo del zapatero no tardaron en iniciar una amistosa conversación.

—¿Cómo va su negocio, señor? —preguntó Adrián.

—¡Ah! Pues así, así. Mas no puedo quejarme aunque, claro está, mi mercancía no es como la suya: el vivo puede prescindir del calzado, pero el muerto no puede vivir sin ataúd.

—Eso es la pura verdad —respondió Adrián—. Sin embargo, si el vivo no tiene con qué comprarse unas botas, no hay de qué preocuparse, pues va descalzo, pero el difunto menesteroso siempre cuenta con un ataúd, aunque sea de balde.

Y de este modo prosiguió durante cierto tiempo su conversación, hasta que el zapatero se levantó por fin, y despidiose del enterrador reiterándole su invitación.

A las doce en punto del día siguiente Adrián y sus hijas cruzaban la puerta de su casa y se encaminaban a la del vecino. No me detendré en describir la casaca rusa de Adrián Projorov, ni el atuendo europeo de Akulina y de Daria, renunciando así a la costumbre adoptada por los novelistas de hoy día. No obstante, considero que no estará de más señalar que ambas jóvenes habíanse tocado con los sombreros amarillos y habían calzado sus pies con los zapatos colorados de las ocasiones solemnes.

La reducida vivienda del zapatero estaba atestada de invitados, menestrales alemanes, en su mayor parte, con sus esposas y aprendices. Solo había allí un funcionario ruso, el vigilante Yurko, quien, a pesar de su humilde empleo, había sabido ganarse el aprecio del amo de la casa. Durante veinticinco años había servido Yurko con toda fidelidad. Cuando el incendio del año 12 devastó la antigua capital, destruyó también su caseta amarilla; pero en cuanto el enemigo fue arrojado de la ciudad apareció una nueva caseta, de color gris con columnas de orden dórico, y nuevamente volvióse a ver al guarda Yurko pasearse gallardo ante ella. Era conocido por la mayor parte de los alemanes que vivían en las mediaciones de la Puerta de Nikitskaia, y algunos de ellos habían tenido necesidad de pasar con Yurko la noche del domingo al lunes.

Enseguida intimó Adrián con él por tratarse de una persona de la que, más pronto o más tarde, puede uno precisar, y cuando los invitados se dirigieron a la mesa ambos se sentaron juntos. El señor y la señora Schultz y su hija Lotgen, joven de diecisiete años, empezaron a comer, animaban a los invitados a seguir su ejemplo y ayudaron a la cocinera a servir la mesa. La cerveza corría en abundancia. Yurko comía por cuatro, Adrián no le iba a la zaga, pero sus hijas se mostraban gazmoñas. La conversación en alemán iba siendo cada vez más abundante, mas, de repente, el dueño de la casa reclamó un momento de atención, descorchó una botella de marca y gritó en ruso:

—¡A la salud de mi buena Luisa!

El vino achampañado burbujeó, el anfitrión besó tiernamente el lozano rostro de su cuarentona compañera y todos bebieron alborozados a la salud de la bonachona Luisa.

—¡A la salud de mis amables huéspedes! —brindó en alemán abriendo la segunda botella.

Sus invitados se lo agradecieron apurando otra vez las copas y, a partir de aquel momento, los brindis perdiéronse uno tras otro: bebieron separadamente por cada convidado, por Moscú y por una docena de ciudades alemanas; brindaron por todos los gremios en general y por cada uno en particular, por los maestros y por los aprendices. Adrián bebió con ardor, achispándose de tal manera que llegó a proponer un jocoso brindis. De repente uno de los invitados, un gordo panadero, alzó la copa y exclamó:

—¡A la salud de aquellos para quienes trabajamos, *unsere kunden!*

Esta propuesta, lo mismo que las anteriores, fue acogida entusiasta y unánimemente. Los comensales empezaron a hacerse mutuas reverencias: el sastre al zapatero y el zapatero al sastre; el panadero a los dos anteriores; los otros al panadero, y así sucesivamente. Yurko, en medio de estas recíprocas genuflexiones, gritó a su vecino:

—¡A ver, padrecito, canta a la salud de tus muertos!

Todos lanzaron una carcajada y el empresario de pompas fúnebres considerose ofendido y se enfurruñó. No lo advirtió nadie, siguieron bebiendo y ya habían tocado a vísperas cuando se levantaron de la mesa. Se sepa-

raron tarde y la mayoría iba embriagada. El grueso panadero y el encuadernador, cuyo rostro parecía encuadrado en tafilete encarnado, tomaron a Yurko por los brazos y lo llevaron a su caseta, cumpliendo así el proverbio que dice “Amor con amor se paga”. El enterrador regresó a su casa borracho y disgustado.

—Pero ¿qué se ha creído? ¿Acaso mi oficio es menos honorable que los otros? ¿O es que un empresario de pompas fúnebres es hermano del verdugo? ¿De qué se ríen esos herejes? ¿Creen que un empresario de pompas fúnebres es un bufón carnavalero? Tenía pensado invitarlos para festejar nuestra nueva residencia y agasajarlos con un buen banquete, pero, ¡no será verdad! Invitaré a aquellos para quienes trabajo: a los difuntos ortodoxos.

—¿Qué te ocurre, padrecito? —preguntóle la sirvienta que lo estaba descalzando—. ¿Qué estás diciendo? ¡Haz la señal de la cruz! ¡Vaya ocurrencia llamar a los muertos para celebrar la llegada a la nueva casa!

—¡Como hay Dios que los invitaré! —insistió Adrián—. ¡Además, mañana mismo! ¡Por favor, bienhechores míos, mañana por la tarde acudan a mi festín, los agazaré con todo lo que Dios me ha dado!

Después de que hubo dicho estas palabras se dirigió a su cama y pronto se lo oyó roncar.

Aún no era de día cuando despertaron a Adrián. La traficanta Trujina había fallecido aquella misma noche y su administrador enviaba un emisario a caballo para informar a Adrián de esta noticia. El empresario le dio diez kopekes de propina, vistiose precipitadamente y partió

para Rasguliaya. Ante la casa de la difunta ya montaba la guardia, la policía y los mercaderes paseábanse de un lado para otro, como cuervos que olfatearan la carroña. La muerta yacía en una mesa, amarilla como la cera, pero no desfiguraba aún por la descomposición. Junto a ella se agolpaban los parientes, los vecinos y la servidumbre. Todas las ventanas estaban abiertas y las velas encendidas, y los sacerdotes rezaban las oraciones. Adrián se acercó al sobrino de Trujina, un joven comerciante con chaleco a la moda, y le comunicó que el ataúd, los cirios, el sudario y el resto de los efectos funerarios serían enviados con toda puntualidad. El heredero le dio las gracias distraído y añadió que no ponía reparos al precio pues confiaba en su integridad. El empresario, siguiendo el hábito, puso a Dios por testigo de que no cobraría más de lo debido; intercambió después una significativa mirada con el administrador y se fue a hacer las gestiones necesarias.

Se pasó el día entero yendo de Rasguliaya a Nikitskaia y a la inversa; hacia el atardecer lo tenía ya todo dispuesto, despidió al cochero y se dirigió andando a su casa. Era una noche de luna y llegó sin contratiempos a la Puerta de Nikitskaia. Al pasar por la iglesia de Vosnesenskaya le dio el alto nuestro amigo Yurko, pero al reconocer al dueño de la funeraria le deseó las buenas noches. Era hora avanzada y Projorov acercábase ya a su casa, cuando le pareció que alguien estaba ante su puerta, que la abría y desaparecía en el interior. “¿Qué pasará? —pensó Adrián—. ¿Quién precisará otra vez de mí? ¿Será un ladrón el que ha entrado en mi casa? ¿Será algún amante

que visita a las necias de mis hijas? ¡Todo puede ser!”. Y ya se disponía a reclamar la ayuda de su amigo Yurko, cuando alguien más se acercó a la puerta y estaba a punto de entrar en el momento en que vio a Adrián que corría hacia la casa; entonces el visitante se detuvo y se quitó el sombrero de tres picos. Al empresario le pareció un rostro conocido, pero por las prisas no pudo observarlo bien.

—Usted venía a mi casa —dijo Adrián sofocado—, pues haga el favor de pasar.

—No te andes con cumplidos, padrecito —rehusó el otro con voz ronca—. Ve delante e indica el camino a tus invitados.

Adrián tampoco tenía tiempo de andarse con ceremonias; la puerta ya estaba abierta y pasó hasta la escalera seguido por el visitante. Tuvo la impresión de que en sus habitaciones había gente. “¿Qué diablos ocurre?”, pensó, apresurándose a entrar.

Sintió que las piernas le flaqueaban. La estancia aparecía llena de difuntos. A través de las ventanas la luna iluminaba sus rostros amarillentos y azulinos, sus bocas hundidas, sus semicerrados y mortecinos ojos y sus narices prominentes... Adrián reconocía horrorizado a aquellas gentes que habían sido sepultadas con su participación, descubriendo también entre ellas al brigadier enterrado el día de lluvia torrencial.

Todos ellos, damas y caballeros, rodearon al empresario y lo saludaron con reverencias, excepto un indigente que había sido enterrado recientemente gratis y que, abo-

chornado y lleno de vergüenza por los harapos que llevaba, permanecía humildemente en un rincón. Los otros iban ataviados con decoro: las difuntas con cofias y cintas; los difuntos funcionarios con uniforme, pero con las barbas sin afeitar, y los mercaderes con sus levitas de los días de fiesta.

—Como ves, Projorov —manifestó el brigadier en nombre de la honorable concurrencia—, todos nos hemos alzado a tu invitación; únicamente han quedado en casa los imposibilitados, los completamente desmoronados y los que solo conservan los huesos sin pizca de piel..., aunque ha habido uno de ellos que no ha podido resistir al deseo que tenía de venir a tu casa...

En aquel instante, un pequeño esqueleto se abrió paso entre los presentes y se acercó a Adrián. Su calavera sonreía cariñosamente al empresario; colgaban de él, como de un mástil, trozos de paño verde y rojo y pingajos de viejo lienzo, y los huesos de sus pies resonaban dentro de las botas de montar como el mallo en el almirez.

—No me reconoces, Projorov —dijo—. ¿Te acuerdas del sargento de la guardia retirado, Pedro Petrovich Kurilkin, el mismo a quien en 1799 vendiste tu primer ataúd diciendo que era de roble, cuando en realidad era de pino?

Al pronunciar estas palabras el cadáver extendió sus huesudos brazos para abrazarse a Adrián, pero este hizo acopio de todas sus fuerzas, lanzó un grito y lo rechazó. Pedro Petrovich se tambaleó, cayó al suelo y se desmoronó.

Entre los muertos elevose un murmullo de indignación: todos salieron en defensa de la dignidad de su camarada, llenaron de improperios y amenazas a Adrián, y él, desdichado, aturdido y aplanado por sus gritos, perdió su presencia de ánimo y se desplomó sin sentido sobre los huesos del sargento de la guardia retirado.

Hacia largo rato que el sol alumbraba el lecho en el que reposaba el empresario de pompas fúnebres. Por fin abrió los ojos y vio ante sí a la sirvienta que avivaba el samovar. Adrián recordó con horror los sucesos de la víspera: por su imaginación desfilaron Trujina, el brigadier y el sargento Kurilkin, y esperó en silencio a que la sirvienta empezara la conversación y lo enterara de las consecuencias de sus aventuras nocturnas.

—¿Qué tal has dormido, Adrián Projorovich? —le preguntó, entregándole la bata y añadió—: Ha venido el sastre y también nuestro vecino el panadero para comunicarte que hoy es el día de su santo, pero como seguías durmiendo no hemos querido despertarte.

—¿Ha venido alguien de parte de la difunta Trujina?

—¿De la difunta? ¿Es que se ha muerto?

—¡Serás tonta! ¿Pues no fuiste tú la que ayer por la tarde me ayudó a preparar el entierro?

—¿Qué dices, padrecito? ¿Has perdido el juicio o te dura aún la borrachera de anoche? ¿Qué entierro hubo ayer? Todo el día estuviste de jerga en la casa del ale-

mán, regresaste embriagado, caíste en la cama y has estado durmiendo hasta ahora, y ya hace rato que tocaron a misa.

—¿De veras? —respondió, regocijado, Projorov.

—Seguro que sí —afirmó la criada.

—Bien, pues entonces sírveme cuanto antes el té y llama a mis hijas.

Un árbol de Noël y una boda

Fiodor Dostoievski



Hace un par de días asistí yo a una boda... Pero no... Antes he de contarles algo relativo a una fiesta de Navidad. Una boda es, ya de por sí, cosa linda, y aquella de marras me gustó mucho... Pero el otro acontecimiento me impresionó más todavía. Al asistir a aquella boda, hube de acordarme de la fiesta de Navidad. Pero voy a contarles lo que allí sucedió.

Hará unos cinco años, cierto día, entre Navidad y Año Nuevo, recibí una invitación para un baile infantil que había de celebrarse en casa de una respetable familia amiga mía. El dueño de la casa era un personaje influyente que estaba muy bien relacionado; tenía un gran círculo de amistades, desempeñaba un gran papel en sociedad y solía urdir todos los enredos posibles; de suerte que podía suponerse, desde luego, que aquel baile de niños solo era un pretexto para que las personas mayores, especialmente los señores papás, pudieran reunirse de un modo completamente inocente en mayor número que de costumbre y aprovechar aquella ocasión para hablar, como casualmente, de toda clase de acontecimientos y cosas

notables. Pero como a mí las referidas cosas y acontecimientos no me interesaban lo más mínimo, y como entre los presentes apenas si tenía algún conocido, me pasé toda la velada entre la gente, sin que nadie me molestara, abandonado por completo a mí mismo. Otro tanto hubo de sucederle a otro caballero, que, según a mí mismo me pareció, no se distinguía ni por su posición social, ni por su apellido, y, a semejanza mía, solo por pura casualidad se encontraba en aquel baile infantil... Inmediatamente hubo de llamarme la atención. Su aspecto exterior impresionaba bien: era de gran estatura, delgado, sumamente serio e iba muy bien vestido. Advertíase a las claras que no era amigo de distracciones ni de pláticas frívolas. Al instalarse en un rinconcito tranquilo, su semblante, cuyas negras cejas se frunció, asumió una expresión dura, casi sombría. Saltaba a la vista que, quitando al dueño de la casa, no conocía a ninguno de los presentes. Y tampoco era difícil adivinar que aquella fies-tecita le aburría hasta la náusea. Aunque, a pesar de ello, mostró hasta el final el aspecto de un hombre feliz que pasa agradablemente el tiempo. Después supe que procedía de la provincia y solo por una temporada había venido a Petersburgo, donde debía de fallarse al día siguiente un pleito, enrevesado, del que dependía todo su porvenir. A nuestro amigo, el dueño de la casa, habíase presentado con una carta de recomendación, por lo que aquel habíale cortésmente invitado a la velada; pero, según parecía, no contaba lo más mínimo con que el dueño de la casa se tomase por él la más ligera molestia. Y como allí no se juga-

ba cartas y nadie le ofrecía un cigarro ni se dignaba dirigirle la palabra —probablemente conocían ya de lejos al pájaro por la pluma—, viose obligado nuestro hombre, para dar algún entretenimiento a sus manos, a estar toda la noche mesándose las patillas. Tenía, verdaderamente, unas patillas muy hermosas; pero, así y todo, se las acariciaba demasiado, dando a entender que primero habían sido creadas aquellas patillas, y luego le habían añadido el hombre, con el solo objeto de que les prodigase sus caricias.

Además de aquel caballero que no se preocupaba lo más mínimo por aquella fiesta de los cinco chicos pequeños y regordetes del anfitrión, hubo de chocarme también otro individuo. Pero este mostraba un porte totalmente distinto: ¡era todo un personaje!

Se llamaba Yulián Mastakóvich. A la primera mirada comprendíase que era un huésped de honor y se hallaba, respecto al dueño de la casa, en la misma relación, aproximadamente, en que respecto a este se encontraba el forastero desconocido. El dueño de la casa y su señora se desvivían por decirle palabras lisonjeras, le hacían lo que se dice la corte, le presentaban a todos sus invitados, pero sin presentárselo a ninguno. Según pude observar, el dueño de la casa mostró en sus ojos el brillo de una lagrimita de emoción cuando Yulián Mastakóvich, elogiando la fiesta, asegurole que rara vez había pasado un rato tan agradable. Yo, por lo general, suelo sentir un malestar extraño en presencia de hombres tan importantes; así que, luego de recrear suficientemente mis ojos en la